

Capítulo 15

Demasiado tarde para ser salvos

([índice](#))

Apocalipsis 15:1-3: Vi en el cielo otra señal grande y admirable: siete ángeles con las siete plagas postreras, porque en ellas se consumaba la ira de Dios. También vi como un mar de vidrio mezclado con fuego, y a los que habían alcanzado la victoria sobre la bestia y su imagen, sobre su marca y el número de su nombre, de pie sobre el mar de vidrio, con las arpas de Dios. Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos”.

Ya terminó la “cosecha” de este mundo. Dios ha mostrado misericordia por siglos a los culpables habitantes de la tierra. Pero esa longanimidad y paciencia son también la medida de su ira, una vez que estalle sin mezcla de misericordia. Esas plagas no van a comenzar hasta que el mundo haya rechazado definitivamente la gracia de Dios.

Estamos de tal forma acostumbrados a disfrutar de la misericordia de Dios, que difícilmente podemos imaginar lo que va a suceder una vez que se retire esa protección. La ira final será tan irresistible como las aguas tumultuosas que salen de una presa cuyos muros cedieron, tal como sucedió en el diluvio. En las guerras, disturbios, tormentas, terremotos y otros desastres que han venido perturbando de forma ocasional la calma de nuestras vidas, podemos ver un pequeño anticipo de lo que está por venir. Pero hasta hoy la misericordia ha estado siempre mezclada con la ira.

Cuando lleguen las siete últimas plagas será diferente, ya que no habrá mezcla de misericordia.

Juan nos muestra que habrá entonces un grupo de personas que no tendrá que beber de la ira de Dios en esas plagas. Siguieron **“al Cordero por dondequiera que va”** (Apocalipsis 14:4). Lo mismo que Cristo, prefirieron tener que morir antes que participar en esa rebelión contra Dios. Están en el gran patio de armas de Dios, el **“mar de vidrio”** que hay delante de su trono (ver también Apocalipsis 4:6). Son una demostración del poder de Dios para salvar. Se trata de los 144.000 que consideramos en el capítulo 14.

Algunos de ellos pudieron haber pertenecido con anterioridad a la gran apostasía, ya que se dice de ellos que alcanzaron **“la victoria sobre la bestia”**; otros pudieron haber sido rescatados de las grandes iglesias caídas, ya que alcanzaron la victoria sobre la **“imagen”** de la bestia (ver capítulos 13 al 15). Todos obtuvieron la victoria sobre la **“marca de la bestia”**, ya que estuvieron dispuestos a perder amigos, dinero, trabajos y hasta la vida misma antes que desobedecer los mandamientos de Dios. Otros obtuvieron la victoria sobre **“el número de su nombre”**: la propia jerarquía de la institución representada por la **“bestia”**. Cuando el **“evangelio eterno”** sea proclamado a un mundo sumido en la gran crisis, hombres y mujeres que ocupan puestos de responsabilidad tales como obispos, cardenales y monjas se entregarán gozosamente a Cristo para seguirlo **“por dondequiera que va”**.

Esos 144.000 habrán conocido la experiencia más profundamente probatoria por la que hayan pasado los habitantes de la tierra, con la excepción del propio Cristo. Su alegría en la victoria será comparable a la de Moisés cuando Dios lo condujo a salvo junto a su pueblo a través del Mar Rojo (Éxodo 15:1-19). Debido a que experimentaron la comunión con Cristo en sus sufrimientos, se les

concede el privilegio de entonar el “cántico del Cordero”. No imagines que tu sufrimiento personal carece de propósito; cree que Cristo está a tu lado, y que dirige y comprende.

Apocalipsis 15:4-8: ¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre?, pues solo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado. Después de estas cosas miré, y fue abierto en el cielo el santuario del tabernáculo del testimonio. Del templo salieron los siete ángeles con las siete plagas, vestidos de lino limpio y resplandeciente y ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. Uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro llenas de la ira de Dios, quien vive por los siglos de los siglos. Y el templo se llenó de humo por causa de la gloria de Dios y por causa de su poder. Nadie podía entrar en el templo hasta que se cumplieran las siete plagas de los siete ángeles.

Mientras se escriben estas líneas no ha llegado todavía el tiempo en que los juicios de Dios se hayan “manifestado” plenamente. Aún hay misterios que no podemos entender. Pero quien haya aprendido ahora a confiar en Cristo, puede saber por la fe que finalmente “todas las naciones ... adorarán” inclinándose ante el Señor. Hasta el propio Satanás doblará su rodilla ante Cristo, y reconocerá la justicia de Dios en la gran batalla contra el mal.

Juan nos lleva una vez más al santuario celestial donde Cristo, nuestro Sumo sacerdote, está obrando día y noche a fin de dar arrepentimiento a todo pecador. Antes de poder derramar las siete plagas postreras, Cristo tiene que haber cesado en su obra como Salvador y Sumo sacerdote. Debido a eso Juan declara: “Nadie podía entrar en el templo hasta que se cumplieran las siete plagas”. Cristo sigue conservando su humanidad: es el Dios-hombre. Por tanto tiempo como siga llevando la culpa de la humanidad en el

santuario, no puede derramarse la plena retribución sobre un mundo culpable.

Inmediatamente antes que Cristo abandone el santuario para permitir el derramamiento de las plagas, hace una pausa para pronunciar el decreto: “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apocalipsis 22:11).

A partir de ese momento será ya demasiado tarde para procurar el perdón, demasiado tarde para confesar. Incluso los que sean victoriosos sobre la bestia, su imagen y su marca habrán de vivir sin Sumo sacerdote o Intercesor que ruegue por ellos. La razón es sencilla: para entonces el ministerio de Cristo como Sumo sacerdote habrá llegado a su fin. Entonces dejará sus ropajes de Sacerdote para vestirse como Rey de reyes y Señor de señores. Esa es la razón por la que será demasiado tarde para confesar los pecados y obtener perdón, demasiado tarde para que nuestro vestido sea lavado en la sangre del Cordero. ¡El tiempo para esa bendita obra es ahora!

Los que estén vivos sobre la tierra una vez que haya cesado la intercesión de Cristo en el santuario del cielo habrán de permanecer sin mediador ante la vista de un Dios santo. Sus vestidos deberán ser sin mácula; sus caracteres habrán sido purificados de todo pecado mediante la sangre del esparcimiento. Mediante la gracia de Dios y sus propios esfuerzos diligentes habrán de ser vencedores en la batalla contra el mal. Mientras que sigue su curso el juicio investigador en el cielo, mientras los pecados de los creyentes arrepentidos son quitados del santuario, tiene que haber una obra especial de purificación, de abandono del pecado entre el pueblo de Dios en la tierra. Una vez cumplida esa

obra, los seguidores de Cristo estarán preparados para su venida. En ese tiempo la iglesia que el Señor ha de recibir para sí en su venida será una iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga o cosa semejante.